

Biblioteca-Films

BIEN PERDIDO

N° 104

50
cèntes.



de JOYCE
par D'ALBY
et MARION
des HERBERT

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Calabria, 26

O

Teléfono 173-H

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

EL BIEN PERDIDO

Novela de amor: una mujer, prototipo de mujeres, víctima de la desprotección tan frecuente del sexo fuerte, salva, al fin, a su marido de la desesperación que producen los vicios de la sociedad corrompida

Exclusiva: **METRO GOLDWYN CORPORATION**

Rambla de Cataluña, 122 - Barcelona

Barquillo, 21 - Madrid

PERSONAJES

INTERPRETES

Edit	Alice Joyce
Olga	Helena d'Aldy
Señora Greenough	Edit Chapman
Julio	Percy Harmoni
Oscar	Felrd Sterling
Gualterio Greenough	Holmes Herbert

Casi nunca buscan las mujeres por los sentidos, puesto que pueden gobernarlos a voluntad. No sucede otro tanto con los hombres, pues lo que más buscan en ellos son los sentidos.

VOLTAIRE

I

Estamos en el comedor de uno de los hoteles de tercera categoría de Nueva York.

Sentado a una de las mesas, un joven que representa tener veintiocho o treinta años, alto, bien parecido, está embebido en la lectura de una revista de arte, mientras saborea un habano, ante una taza de moka. Tiene la revista levantada de modo que desde enfrente no se le puede ver el rostro.

Una señorita joven—unos veinte años—, linda, llega a la sala comedor y al ver que la única mesa donde hay un sitio vacante es la que ocupa el joven del periódico, se sienta enfrente de él. Mientras espera al camarero y se quita los guantes, dirige su mirada a los grabados de la revista que el joven tiene levantada, como hemos dicho, ante su rostro. El lector, enfrascado en la lectura, no se percibe de

Registrada. Queda hecho el depósito que marca la ley.

que al apoyar distraídamente su cigarro encendido en la página de la revista, ésta ha prendido fuego precisamente en el punto donde la joven tenía fijada la vista. El fuego del cigarro iba abriendo un boquete en el papel, con gran estupefacción de la joven. Y el boquete se agrandaba y la linda señorita acercaba su rostro al agujero que el fuego iba ensanchando. Entonces las pupilas de la bella se agrandaron al observar el rostro del distraído lector, en un espasmo de agradable sobresalto y, no creyendo a sus ojos, se acercó más al agujero que tomaba proporciones desmedidas. El humo sacó al joven de su ensimismamiento y al dirigir su mirada de espanto al boquete abierto por su cigarro, su faz se iluminó con una sonrisa de franca satisfacción, exclamando:

—¡Edit!

—¡Julio!

—¡Qué felicidad volverte a ver!—exclamó el distraído lector estrujando la humeante revista, mientras alargaba el busto hacia la linda muchacha que acababa de descubrir de una manera tan singular.

—¡Apaga, chico, apaga!... Que te vas a quemar.

Tienes razón.

Ambos se levantaron. Julio se acercó a Edit, cuyas manos cogió con efusión.

—Edit, ¿quién nos había de decir que después de tanto tiempo...?—Y sin reparar en los presentes que tenían los ojos fijos en ellos, se abrazaron y sus rostros se acercaron tanto, tanto, que ya sus bocas se juntaban; mas ella,



Se acercó a ella con los ojos invencidos en sangre (pag. 48).

advertiendo que el lugar no era el más a propósito para un idilio amoroso, díjole:

—¡Ojo, Julio, que nos observan!

—¿Qué?... ¿Has comido ya?

—No, no; iba a hacerlo ahora.

—Venite conmigo. Llevemos a mi comedor más reservado.

Después de comer Edit, ambos tomaron el auto-ómnibus que hace el trayecto de Lafayette-Square al barrio popular, llamado de los ingleses, donde Julio tiene su domicilio. Durante dicho trayecto, ambos bien pegaditos, casi al oído, tenían esta conversación:

—No puedes figurarte, Edit, la inmensa alegría que me ha producido el volverte a ver.

—Y a mí, Julio.

—Dime, ¿se puede saber a qué has venido a Nueva York?

—Estoy en una casa de modas... Y yo ¿puedo saber lo que es de tu vida?

—Te diré: Cuando salí del pueblo tenía la esperanza, mejor dicho, la seguridad de que llegaría a ser un gran pintor; pero durante todo este tiempo no he hecho más que vegetar, en espera de algo que no sabía lo que pudiera ser; algo que había de dar paz a mi corazón, y a mi espíritu, alas. Y al encontrarte, Edit, he comprendido que tú, sólo tú, podías ser ese algo que yo esperaba.

—No siempre había pasado en tí, Julio; la intensidad de mi pena al separarme de tí, cuando viniste a la capital, sólo es comparable a la de mi gozo al volverte a hallar.

—Dime, hermosa mía, dime la verdad...

¿Has venido a Nueva York pensando en mí?

Edit bajó la vista algo ruborizada, entreteniéndose sus dedos con la cola del renard que llevaba colgado al cuello.

—¿No me contestas?

—Sí, Julio; vine a agenciarme trabajo, pensando que algún día podría hallarte.

—Bueno, ya me has encontrado... ¿Quieres ser mía, Edit?

—Sí, sí, sólo tuya.

—Entonces... nos casaremos. Los dos somos libres e independientes; nos amamos... Hace una hora dudaba de todo, hasta de mí mismo; pero hoy tengo fe en mi triunfo y... ¡triunfaré!

A estas alturas llegaba la conversación, cuando el auto-ómnibus se paró en la parte norte de la plazuela donde termina el bulevar de los ingleses.

—Aquí debemos bajar—manifestó Julio, levantándose.

—Vamos.

Ambos descendieron del vehículo. Atravesaron la plaza, cogidos del brazo, en dirección norte, se metieron en una calleja, y hacia la mitad de la misma, frente a una casa de modestísimo aspecto, ante cuya puerta había tres escalones que partían de la acera, el pintor dijo a su compañera:

—Esta es mi casa... Aquí tengo mi taller... ¿Quieres subir?

La joven asintió con un movimiento de cabeza, subiendo juntos los tres peldaños hasta llegar a la puerta. Mientras Julio buscaba el llavín en el bolsillo de su pantalón, se miró en los

hermosos ojos de su prometida y, sonriendo, le dijo:

—Édit, aquí nadie nos ve.

Ella acercó a Julio su rostro, auscultado por la felicidad y contestó, acariciándole con su mirada:

—¡Nadie!—y besó al pintor.

Este se apresuró a decir:

—Déjame ahorrir... En mi estudio te lo devolveré con interés y todo.

Y desaparecieron escaleras arriba.

II

Han transcurrido siete años desde que Julio y Edit se casaron. Pronto de su matrimonio Dios les ha dado una niña preciosa, a quien pusieron el nombre de Ernestina.

Edit ha resultado ser una mujer ideal: a la hermosura une las prendas más preciadas aun de una gran prudencia, de una economía severa y el amor de su casa. Edit se casó enamorada de su esposo y enamorada de él vive, y sólo en él piensa y en su hija: estos son sus grandes amores.

Julio también la ama; pero el trabajo constante le abruma y sólo saca de sus cuadros lo indispensable para vivir modestísimamente. No hay duda de que tiene elementos para llegar a ser un gran artista; mas el tener que producir para comer, sin ahorros que le permitan dedicarse al arte por el arte, absorbe sus energías, cortándole las alas de la inspiración y produciéndole un malestar indecible.

Sentado está en su estudio ante un caballete que sostiene su última producción, cuando llega su esposa. En su rostro se pinta una gran tristeza.

—Julio, pareces cansado.

—Sí, Edit, cansado; con ese cansancio del que entrevió la gloria y vive... trabajando para comer.

—No desesperes, Julio, sé constante y ¿quién sabe?...

—Aquí me tienes desde hace siete años y no gano más que para ir pasando...

—Y, sin embargo, tus dibujos están muy bien... Este cuadro es precioso.

—No, no está mal, ¿quién dice lo contrario? Pero entre esos dibujos y lo que yo ambiciono, ¡qué abismo!

—No te desesperes, Julio: yo me pondré a trabajar, yo te ayudaré. ¿No te parece?

—¡Cómo envidio a los que pueden irse a Europa a estudiar e inspirarse en las obras de los grandes maestros!

—Oye, Julio, ¿crees tú que si fueses a Europa podrías abrirte camino más fácilmente?

—No sólo lo creo, sino que estoy plenamente convencido de ello.

—Pues mira, esposo mío. Yo quiero que tú vayas. Si fueses soltero no tendrías inconveniente en partir: pues bien, yo tengo fe en tu amor y sé que, aunque lejos, no me has de faltar. ¿Por qué no haces como tantos otros que, con menos talento, se han abierto camino?

—Pero dejarte a ti y a mi hija...

—No seas niño. Con el dinero que yo he ahorrado tienes más que suficiente para el viaje...

—Pero ¿tú has ahorrado, chiquilla?... ¡Qué buena eres!... Ves, esa era una de las cosas que me preocupaban más, ¿cómo voy a pagar mi pasaje para Europa?

—Pues eso no te debe preocupar, porque yo tengo más que lo suficiente para que tú puedas pagarte el viaje y los primeros meses de tu estancia en el viejo mundo... ¿Dónde piensas ir?



—Ya comprendo, cuando Paolo, como es que te pases los días sin salir (página 11).

—A Roma o a París. Aunque a decirte verdad, mi sueño dorado es concurrir al próximo Salón en París. Tú no ignoras que cada año se celebra en la capital francesa una exposición de pintura y escultura, llamada...

—Sí, el Salón.

—Eso es. Pues bien, yo creo que debo intentar ganar un premio en el Gran Salón de 1923.

—Lo ganarás... ¿Qué duda cabe?... Tú pintas muy bien, Julio, y además tienes una imaginación muy fecunda.

—¡Qué buena eres, Edit!... Tu amor te hace exagerar mis cualidades... Y, dime, ¿cómo os vais a arreglar tú y la nena, durante mi ausencia?

—¡Ay!... No te preocupes. Yo tengo un oficio con el que bien me puedo ganar el sustento mío y el de nuestra hija... Yo soy modista...

—¡Pobre Edit!... ¡Qué pena me causa el que tú tengas que ponerte a trabajar!...

—Ver, dame un beso, y dispón tu viaje para el próximo vapor.

Los dos esposos entrelazáronse en apretado abrazo.

III

Llegó el día de la partida. Mientras Edit está terminando el arreglo de la maleta, la pequeña Richestina, abrazada a las rodillas de su padre, le hace mil carantoñas que Julio recibe emocionado.

—¿Va te acordarás de nosotras, papáito?

—Sí, hija, sí; me acordaré mucho, mucho.

—¿No te olvidarás de nosotras?

—No, hija; no os olvidaré.

—Mira qué triste se queda mamá... ¡Pobre mamáita! ¿Volverás cuando hayas ganado mucho dinero?

—Sí, hija mía, sí... volveré.

De vez en cuando la esposa, arrodillada al lado de la maleta, en la que iba poniendo ordenadamente la ropa blanca y enseres de aseo de su esposo, echaba una mirada furtiva al grupo formado por padre e hija, y una lágrima, que procuraba secar con la punta de su delantal, surcaba su mejilla.

—Ya lo tienes todo, Julio—dijo tristemente la esposa, cerrando la maleta, que puso sobre una silla—. Ahora sólo falta que llegues sin novedad.

Edit se acercó a su esposo y poniéndole sus manos sobre los hombros, con acento de tris-

teza, pero esforzándose por hacer asomar a sus labios una sonrisa, díjole:

—Julio, déjame que te acompañe al vapor. Creo que si voy a despedirte al muelle tendré menos pena.

—No, Edit, tú sufrirías más, y yo también. Haremos aquí nuestra despedida... Así las lágrimas quedan en casa, ¿no te parece?

—Como quieras. Siempre haré lo que tú ordenes.

—Cúdate mucho, Edit, y cuida a la nena.

—Y tú procura serme fiel... ¿Verdad que no te dejarás engañar por ninguna mujer?

—No seas tontina. Ya sabes que te amo a ti más que a mí mismo y nada ni nadie en el mundo me hará olvidar de mi mujercita.

—Julio, te creo y confío en tu amor. Mira la nena, ¿qué conocimiento tiene!

—¡Pobrecita está llorando! Ven aquí, Ernestina, ven con tu papá. ¿Por qué lloras?

—Porque tú te vas—contestó sollozando la pequeña—y mamá se queda muy triste... y yo también.

—Vaya, no llores, hija mía, ¿qué quieres que te traiga de París?

—Quiero que traigas muchos dólares para que no tengas que marcharte otra vez.

—Los traeré... ¿Y qué más?

—¿No dicen que los niños los traen de París?... Pues me traerás un hermanito de carne.

—También te lo traeré, ¿y qué más?

—Que tú, papaito, vuelvas pronto.

—Ánda, Julio, que se te hace tarde. Dentro de tres horas saldrá el vapor; más vale que te vayas con tiempo.

—¡Adiós, Edit!

Los esposos se abrazaron. Ella sollozaba inconsolable; la niña lloraba también; el pintor estaba tan emocionado que no pudo pronunciar ni una palabra más. Varias veces fué hasta la puerta con la maleta y otras tantas volvió a abrazar a su esposa, repitiéndose los sollozos, las lágrimas y los... ¡adiós!

Por fin, Julio, armándose de valor, bajó precipitadamente la escalera, dejando aquellos dos corazones tan maltrechos como el suyo propio. Alejábanse de los dos seres que más amaba en el mundo por una ley de la necesidad que impone sacrificios y causa, en el alma, heridas más dolorosas que las del cuerpo.

IV

Édit, la esposa modelo, en ausencia de su marido, lleva una vida laboriosa y ejemplarísima.

Al día siguiente de partir su marido empezó a trabajar como encargada del salón de pruebas de un gran modisto newyorkino, colocación que se había agenciado días antes de embarcarse su esposo.

Levantábase de mañanita; arreglaba el piso, e íbase a la compra. A la vuelta preparaba su comida y la de su hija, vistiendo y arreglando a ésta. Después del desayuno llevaba su hija al colegio y ella se iba al trabajo, hasta la una. A esta hora iba a buscar a Ernestina; comían juntas, y a las tres y media, vuelta al colegio y al taller, hasta las siete, a cuya hora, de nuevo a buscar a su hijita: tal es la vida vulgar y de trabajo de aquella mujer singular que ha sabido sacrificarse por amor a su esposo. Así transcurren las horas y los días en aquel hogar, huérfano de jefe; ni una nota discordante en aquella vida; ni una queja; ni un malestar; siempre la sonrisa en los labios; siempre la alegría en el corazón; el pensamiento en su esposo: aquella, más que mujer, era un ángel en forma humana.

Una señora joven, hermosa y alejada de su marido, no deja de tener peligros para su virtud. Túvose Édit; pero el amor que sentía por su marido y la alta idea que tenía de la su-



2 - El bien...

blime misión de la esposa en la familia, hizo que pudiese venderlos con gran facilidad y se mantuviera fiel a su marido ausente.

Edit está mostrando unos modelos a una de las mejores clientes de la casa donde trabaja. Es la señora Greenough, una viuda que se halla prendada de la amabilidad y discreción de la encargada.

—¿Qué le parece este vestido de charmeuse?... Es nuestra última creación.

—Está bien, Edit; pero es algo exagerado para mí.

—¿Y este otro?... Estos volantes son le dernier cri de París...

—Muy bonito... muy lindo.

Y las modelos iban desfilando ante la señora Greenough que recibía toda clase de explicaciones y pertinentes advertencias y datos de la discreta encargada.

—¿Qué paciente y qué amable es usted, hija mía! Por eso me gusta venir a comprar aquí...

—Gracias, señora Greenough.

—Y dígame, Edit, ¿cómo está su nena, su preciosa hijita?

—Está bien, gracias; pero se acuerda tanto de su padre... tiene demasiado conocimiento.

—¿Y dónde la deja usted mientras está aquí?

—En el colegio... Un colegio cerca de mi casa; cuando salgo de aquí la voy a buscar. Precisamente hoy le he ordenado que se fuera sola a casa y me espere en la entrada...

—¿Qué vida más pesada si está usted sola con su hija!

—Estoy sola, sí, señora Greenough; pero no es nada pesada... Como lo hago por amor a mi esposo.

—Si usted quiere, Edit, mándeme la niña a casa; yo la cuidaré como a una hija...

—Muchas gracias, señora Greenough... No puedo separarme de mi hija.

—¿No?... Entonces voy a hacerle otra proposición: véngase usted a vivir a mi casa juntamente con su hijita.

—Le agradezco tanta amabilidad; mas no puedo aceptar su invitación...

—No comprendo...

La llegada de un joven elegantísimo, de unos treinta y dos años, interrumpió esta conversación. Dicho joven, dirigiéndose a la señora Greenough, le dijo:

—Buenas noches, mamá... Te he venido a buscar con el coche.

—Edit, voy a presentarla a mi hijo Gualterio—dijo la señora Greenough.

—Con mucho gusto, señora Greenough.

—Gualterio, esta es la señora de quien tantas veces te he hablado... Tiene una nena que es un querubín... Mi hijo Gualterio.

—Beso a usted la mano, señora.

—¡Tanto gusto!—musitó Edit inclinándose con amabilidad.

—Ya debe ser hora de cerrar... ¿Quiere usted, Edit, que la llevemos a su casa?

—Muy agradecida... Voy a ponerme el sombrero... Enseguida vuelvo.

Mientras la esposa del pintor iba a arreglarse, Gualterio preguntó a su madre:

—Mamá, ¿es casada esa mujer?

—¿Pues no te he dicho que tiene una hija?

—Podía ser viuda o divorciada...

—No, hijo mío, no; es casada y quiere mucho a su marido, un pintor que se halla en París.

—¡Ay!... ¡Qué lástima!... ¡Me gusta una barbaridad esta mujer!

—Tiene mucho ángel.

—Es bonita la condensada... Tiene unos ojos...

—Pues como si no...

Llegó Edit con el sombrero y el abrigo puestos:

—Estoy a sus órdenes.

—¡Vamos!—ordenó la señora Greenough.

Los tres bajaron hasta la puerta de la calle, donde esperaba el automóvil de la señora Greenough, un magnífico Roll-Royce. Durante el trayecto, Gualterio estuvo sumamente obsequioso con Edit. Fácilmente comprende una mujer cuando su persona interesa a un hombre. Edit quedó plenamente convencida de que había llegado a interesar al hijo de la viuda de Greenough, pues sus miradas, sus palabras obsequiosas, la repetición insistente de la invitación que antes le había hecho su madre de ir a vivir a su casa, eran más que indicios de que ella había despertado un sentimiento de amor en el corazón de Gualterio.

Lo comprendió, y púsose en guardia contra su corazón, pues no ignoraba Edit que el hombre que ama es impulsivo, pues se deja guiar más por los sentidos y, ni más ni menos que los animales, su amor es irreflexivo.

Al llegar el automóvil frente a la casa habi-

tada por Edit, ésta vio a su hijita sentada a la puerta. Bajó primero Gualterio y dió la mano a la modista para ayudarla a bajar. Edit corrió a abrazar a su hija y le dijo:

—Ernestina, ven a saludar a una señora que te quiere conocer.

Y tomándola de la mano la condujo hasta el coche, al que subió. La señora Greenough la besó y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Ernestina...

—¿Qué nombre más bonito!... Eres muy hermosa... ¿Quieres venir a mi casa?

—Con mamá, sí; yo no quiero separarme de mi mamá.

—Haces bien... ¿Quieres mucho a tu mamá?

—Mucho, sí, señora; y a mi papá también.

—Ya diré a tu mamá que venga contigo a mi casa. Allí jugarás mucho... ¿Quieres?

—Sí, señora...

—Dame un beso.

La niña abrazó a la dama y bajó del coche. Entretanto, Gualterio dirigía algunas palabras a Edit:

—Espero, señora, que no será esta la última vez que nos veamos. Quiero que nos haga usted alguna visita... Tanto mamá como yo, estaremos en mucho su amistad.

—Muchas gracias.

Gualterio dió un apretón de manos a Edit y subió al coche. Este desapareció y madre e hija subieron a su casa.

Tal era la vida de Edit en ausencia de su marido; vida amasada en dignidad y trabajo. ¿Cuál era la de Julio en París?

V

Trasladémonos a la capital de Francia.

Estamos en el Barrio Latino, de humildes viviendas, con innumerables casas de huéspedes, residencia de estudiantes extranjeros, pintores, escritores y jovencitas sin oficio conocido, la mayor parte noctámbulas que se ganan la vida como mariposas de los cabarets y music-halls montmartreses, como modelos de los pintores extranjeros o de otro modo menos digno.

Julio, al llegar a París sin más patrimonio que quinientos francos y sus menesteres de pintor, fué a vivir como pupilo al barrio latino. Su ideal era poder alquilar uno de los desvanes para establecer en él su estudio y empezar a trabajar en algo provechoso para *Le Salon*. Con el fin de agenciarse dinero pintó algunos cuadros que firmaba con un pseudónimo, y los vendía, a un precio reventado, a los revendedores italianos que tienen sus exposiciones en algunos portales de los grandes bulevares. Así pudo alquilar un amplio desván que habilitó lo más decentemente posible para estudio. Los primeros meses de su estancia en la capital de Francia siguió al pie de la letra el plan que se había trazado al separarse de su esposa e hija: levantábase temprano; a las nueve de la mañana ya estaba en el Louvre, tomando apuntes, y se ocupaba en este menester hasta la una, en que iba a almorzar; después, encerrábase en su estudio hasta que le faltaba la luz natural.

Así transcurrieron los tres primeros meses, durante los cuales escribía cada semana a su esposa.

Pero un día uno de los huéspedes sus compañeros, llamado Oscar, un alegre bohemio, un músico italiano que se hallaba también en París en viaje de estudio, tanto insistió para que le acompañara una noche a Montmartre, el barrio de la alegría y de las mujeres desecadas, que Julio accedió.

Aquella noche el pintor americano, entre frecuentes libaciones de champán y caricias libidinosas de mujeres sin corazón, olvidó sus deberes e inició su nueva vida de disipación y desorden. Algunas de aquellas amigas de una hora se brindaron a servirle de modelo, invitación que el pintor aceptó agradecido.

Julio se halla en su estudio, ante un gran lienzo, cuyo esbozo ha hecho rápidamente al carboncillo. Ante él se halla sentada una mujer de cuerpo escultural, completamente desnuda. En los ojos de sátiro del artista ya no brilla la luz del genio; en su espíritu, enamorado de la forma, de la materia, se ha extinguido aquella luz sobrenatural que, emanando de lo alto, hace surgir de la nada la forma estética, iluminada por los destellos del genio.

El pintor, no viendo en su modelo más que a la hembra, se acercó a ella con los ojos inyectados en sangre; la modelo se envolvió desde la cintura con la capa sobre la que se sentaba y se levantó, preguntando al pintor:

—¿Ya está por hoy?

—¿Usted muy bonita, Margot?... Tiene un cuerpo tan divinamente escultural...

—Me alegro, así se lo haré pagar más caro.

—No se vaya usted, que aún no hemos terminado. Póngase en la misma posición. Siéntese, así... Este brazo levantado... eso es... con la mano aquí... así... detrás de la cabeza... Así, quieto...

Y el pintor ayudaba a su modelo a ponerse en la posición que le iba indicando. Antes de volver al caballete, Julio dió un beso en la espalda a su modelo.

Prosiguió pintando.

Momentos después se presentó en el estudio su amigo Oscar, el músico bohemio. La modelo se envolvió en su capa.

¡Oh!—clamó el recién llegado—. ¡Quién fuera pintor!... Ya comprendo, querido Julio, como es que te pasas los días sin salir... Aquí con estas chicas tan frescas, también me quedaría yo.

Y dirigiéndose a la muchacha, le ordenó:

—Ande, váyase a vestir, que nosotros tenemos que hacer.

Obedeció la modelo yéndose a un gabinete próximo. Oscar fué hasta la mesa donde había unas botellas de Moët Chandon y abriendo una de ellas, escanció el espumoso champán en dos copas y entregó una de ellas al pintor.

—Ande, bebe, ¡A la salud de tus futuros éxitos!... Mira, chico, esta noche hemos preparado una bacanal en *Le Chat Noir*... Supongo que no has de faltar... Ya verás que te beneficiarás más estrependas... Allí sí que podrás escoger modelos de cuerpos de Venus... Hay una morenaza, llamada Olga, que es un prodigio... ¡Qué bien te iría para un lienzo!... ¿Vendrías?

—Sí, hombre, sí, iré donde tú quieras.

—¡Brindo por los pintores rumbosos!

—¡Y yo por los músicos rampiones!

—Me voy, chico... No quiero que pierdas la ocasión de que ayudes a vestir a tu hermosa modelo... ¡Adiós!



—¡Esterlina, hija mía, llega papá! (pág. 27).

—Adiós y... ¡hasta la noche!

Le Chat Noir o «Gato Negro» es un music-hall donde se reúnen los bohemios del barrio latino y donde abundan las mujercitas volanderas y noctámbulas, mariposas del amor. Du-

dante las primeras horas de la noche se representa una revista de gran espectáculo en que las artistas, con la menor cantidad de ropa, hacen mil diabluras, pues bajan del escenario y mezcladas entre los concurrentes distribuidos en mesas colocadas en la platea, danzan y diablotean con una libertad descarnada. Después de la revista, la platea se convierte en salón de baile.

Aquella noche, después del baile, los artistas habían organizado una fiesta pagana a estilo oriental, una verdadera bacanal. Se colocaron mesas en el puño de butacas y se sirvió a los concurrentes una cena opípara, con champán a todo pasto. Tanto abundaron los vinos generosos, los licores y el opio, que al final de la cena ellos y ellas no eran más que una innumerable pira epicurica: en las *chaises-longues*, en las butacas y hasta en el suelo se veían parejas medio beodas, en actitudes demigrantes, fumando el opio y saboreando los brutales goznes de los sentidos.

Julio está perezosamente acostado en una *chaise-longue*, fumando un habano; a sus pies echada en el suelo, la hermosa Olga apoya su cabeza en el pecho de Julio, convirtiendo hacia los ojos del pintor su mirada extraviada por la borrachera del opio, lasciva. El pintor reflexiona sobre el valor del verdadero amor: «No, no, el amor no existe—piensa—; el amor es una farsa... ¡Viva el placer!»

¡Pobre Julio!... Mientras dudas del amor verdadero, allá, lejos, en una humilde mansión, una mujer piensa en ti, y sufre, y reza, para que tú vuelvas a su lado después de ha-

ber triunfado; y, mártir de su deber, te guarda su corazón inocente... ¡Pobre Julio!

Así transcurre la vida del pintor americano, de fiesta en fiesta, de orgía en orgía, en brazos de las ladronas de corazones.

Esta vida de disipación hizo que Julio cambiara su carácter amable en taciturno y triston. Seis meses quedó sin que su esposa supiera nada de él. Ella escribía carta sobre carta sin recibir contestación.

Al cabo de este tiempo, el pintor mandó a su esposa una misiva muy lacónica en la que iba un recorte de *Le Petit Parisien* en que constaba el nombre de Julio Sheraton como ganador de una medalla de oro en la gran exposición denominada «Salón 1923». Gran alegría e inmensa satisfacción tuvieron madre e hija.

Días después, Edir recibió este cablegrama:

Edir de Sheraton:

Hoy me embarco en el Harre a bordo «La Bretagne». Llegaré 25. No salgas muelle.

Julio.

No hay para qué describir la alegría que inundó el corazón de la madre. No sabía lo que hacía. Abrazaba a su hija con muestras de gran alborozo, diciéndole:

—Ernestina, hija mía, llega papá.

—¿Cuándo, mamá?

—El día 25.

—¡Oh!... ¡Qué alegría!

Y la pequeña se puso a bailar un *kake-walk*.

VI

Llegó el día 25 de mayo. Edith se ha enterado por la Agencia de la «Compagnie Transatlantique Française» de que «La Bretagne» tenía indicada su entrada en el puerto a las doce de aquel día. No quiso contradecir las órdenes de su esposo, yendo al muelle. «Cuando así me lo indica en el cablegrama—pensaba—sus razones tendrá para ello. Más vale que preparemos un buen recibimiento».

Tanto la madre como la niña, se multiplicaron aquella mañana para poner la casa en orden y preparar una excelente comida. Ya desde días antes, Edith había hecho la lista o menú de los platos que serviría a su esposo: entremeses, ensalada, pescado, pollo, dulces, vinos generosos, sin faltar el champán; un banquete.

Por la mañana, al ir a la compra, había adquirido hermosos ramos de flores con los que había adornado la mesa.

Ya está todo dispuesto; sin embargo, Edith anda toda azarada, nerviosa, alegre, de aquí para allí, arreglando, disponiéndolo todo en orden.

Ha vestido a su pequeña con sus más lindas ropitas; ella también se ha puesto las mejores galas.

Y mientras está más atareada en los preparativos para recibir a su marido, llaman a la puerta. El corazón de Edith se sobresaltó.

—¡Papá!—gritó la pequeña Ernestina, corriendo a abrir la puerta—. ¡Oh!—exclamó la niña después de abrir—. ¿Es usted, señor Gualterio?... ¡Creíamos que era papá!

Penetró Gualterio Greenough, llevando un espléndido ramo de garlandas y una gran caja de cartón, envuelta en papel fino.

—¡Qué cargado va usted, señor Greenough!

—Un pequeño obsequio... Flores de mi jardín para usted, como muestra de mi admiración, y una chuchería para la niña...

—¿Va sabe usted que hoy llega mi querido Julio?

—Papá llegará enseguida—dijo alegremente Ernestina saltando de gozo—; a las doce entrará el vapor en el puerto.

—Lo celebro, Edith... ¡Qué feliz él de encontrar una esposa tan buena y tan...!

—¡Adulador!—interrumpió Edith, bajando la vista.

—Sí, y tan hermosa... Le envidio... Nana, deseo que vuelvan ustedes a ser tan felices como el día que se casaron.

—¡Gracias, gracias, señor Greenough!

Gualterio dirigió una mirada de fuego a la hermosa Edith, mientras apretaba en sus manos las delicadas de aquella mujer singular que se había adueñado de su alma, sin ella darse cuenta. La señora de Sherton se desprendió con dignidad de las manos del joven, a quien procuró siempre tratar con distinción; pero sin confianza ni familiaridad.

—Ruego a usted, señor Greenough, participe a su mamá que mi esposo está para llegar, y

que, seguramente, iremos a saludarla con él uno de estos días.

—Cumpliré su encargo, Edith, y será con gusto que la verá a usted por mi casa.

—¡Hasta la vista, señor Greenough!

—¡Adiós, hermosa Edith!

—Ernestina— llamó la madre—, corre; ven a despedir al señor Greenough.

Corrió la pequeña y abrazó a Gualterio.

—¡Adiós, monada!

—Saludos a su mamá.

—Será usted servida.

Era ya la una.

—Papá no tardará. Ernestina, asómate a la ventana y avísame cuando le veas.

No habían transcurrido diez minutos, cuando Edith, que se hallaba en la cocina, oyó como la pequeña gritaba, precipitándose escaleras abajo.

—¡Papá, papá!... ¡Mamá!... ¡Papá!

El corazón de la esposa no cabía en su pecho. Corrió al espejo y se atusó el cabello y se pintó labios y ojos, y se empolvó, yendo a la puerta del piso. Su corazón palpitaba con tal fuerza, que parecía que se le quería escapar del pecho. En su rostro se pintaba una inmensa alegría; por fin llegaba el amado de su corazón; el hombre por quien ella había hecho tantos y tan grandes sacrificios, su primer y único amor, su Julio... ¡Qué abrazo le preparaba!... ¡Qué de caricias guardaba para él!... ¡Oh, estaba loca de satisfacción!... ¡Su esposo llegaba consagrado por la fama, coronado con el laurel de la victoria!

—¡Dios mío, cuánto tarda!... ¡Me lo voy a comer a besos!

Edith oyó pasos en la escalera; se asomó: era Ernestina que, triste, llorosa, volvía al piso cabizbaja.

—¿Y papá?—preguntó la madre azorada—.
¿No ha llegado?



—¿Cómo está usted? (pág. 32).

—S—contestó la pequeña haciendo pucheros—, no me ha querido besar.

—Pero ¿dónde está?

—Ha bajado de un auto con un señor y una señora y están abajo.

—¿Qué extraño es esto!

Edith oyó ruido de varias personas que subían y voces y risas destempladas.

Julio apareció ante sus ojos llevando dos

maletas... ¡Qué decepción! Ya no era aquel manecito fresco y arrogante que ella conociera. Julio estaba demacrado, aviejaído, con la frente arrugada. La barba hirsuta le daba el aspecto de más edad. Al llegar al piso miró como distraídamente a su esposa, con una ojeada huana y pronunció un indiferente:

—¡Hola!—, que heló la sangre de Edit, quien preguntó cariñosa:

—¿Qué tienes, Julián?... ¿Vienes enfermo?

—No, no; déjame.

—¿Que te deje?... ¿Pero qué te pasa?

—Nada, nada, mujer... ¡Va volví a la jaula!

Dijo el pintor estas palabras con tal tono de displicente desprecio, que Edit quedó como aterrada.

Tras Julio Sherton subieron dos personajes también con sus correspondientes maletas en la mano: eran el músico italiano Oscar, bohemio, causante de la perversión del pintor, y la amante de éste, Olga, una morena de un cuerpo escultural, que le había servido de modelo y que tenía sobre él tal ascendiente, que había logrado acompañarle hasta Nueva York no obstante el pésimo efecto que esto podía causar en el ánimo de la esposa fiel.

Al llegar los dos mencionados personajes, el pintor los presentó a su esposa.

—Dos amigos míos, que me han querido acompañar desde Europa.

—¿Esta es tu mujer?—inquirió Olga, guiñando el ojo al artista.—¿Cómo está usted?—y alargó su mano a Edit, que ésta no quiso tomar.

—¡Esta,

—¿Es usted su esposa?... Julio es insostenible a veces; pero no hay duda de que tiene talento. Me alegro tanto en conocerla. No se extrañe que venga con él. Yo soy la modelo del cuadro con el que ganó la medalla de oro. Y éste es el bufón de la compañía; gracias a él no nos hemos aburrido a bordo... Se llama Oscar... Bemol... ¡Ja... ja... ja!... Me río del apellido: porque debe usted saber, señora, que este bohemio es un músico... ¡pistando!... ¡Como que toca el cornetín de pistón!... ¡de pistón!... ¿Verdad, tú, Julio?

Decía esto Olga con una desenvoltura ravana en sirvienta, y con una verbosidad y confianza que causó asco a Edit.

Oscar, al ver la mesa puesta, se sentó sin miramientos y empezó a dar buena cuenta de los entremeses. Olga se quitó el sombrero con gran familiaridad y lo arrojó encima de una silla, como si estuviese en su casa. Luego, dirigiéndose al artista, le dijo:

—Bueno, Julio, no quiero caras tristes... ¡No faltaría más que porque estás ya en la jaula has de poner esa cara de aborrecido... ¡Caray!... ¡Ponte alegre si no quieres que me enfade!...

Y viendo Olga como Oscar se aprovechaba en la mesa, fué hacia él y le preguntó:

—Oye, Filisteo, ¿cómo puedes comer sin música?

—¡Toma, pues... con la boca!

Entretanto, Edit se acerca triste a su esposo, y le pregunta:

—Oye, Julio, ¿va a quedarse esa gente a vivir aquí?

—No, mujer, no; estarán sólo por unos días, mientras encuentran alojamiento; supongo que no te vas a poner tonta por eso...

—No, Julio; entonces voy a poner dos cubiertos más en la mesa...

Olga oyó esta frase y replicó:

—¡Qué atrocidad!... ¿Quién piensa comer a estas horas?... ¿Dónde está el piano en esta casa?

—No tenemos piano—contestó Edít.

—¿Que no tienen piano?... ¿De verdad que no tienen piano?

—No, no lo tenemos...

—Oscar—llamó la modelo—, Julio, ¡ale!, vamos a comer afuera... donde haya piano.

—No, yo no voy—manifestó Julio.

Olga se encasquetó el sombrero y viendo hasta Julio le dió un beso, que fué una pañolada terrible para la esposa amante.

—¡Adiós, Julio, hasta luego!... Volveremos para cenar; pero supongo que no dejaremos de ir esta noche a echar una canita al aire.

—Idos, idos... yo comeré con mi mujer.

—¡Tú, Filisteo—gritó Olga a Oscar—, anda, hasta de aperitivos... Vamos a comer a algún gran Hotel... Te convierto... pero tú pagas.

—Anda, Edít, vamos a comer... Tal vez será lo mejor—dijo Julio.

A Ernestina se le quitó el apetito sólo con ver a su padre y habiendo ido—so pretexto de ir a jugar a la calle—a sentarse en la escalera.

Los esposos se sentaron a la mesa: él, triste, cejijunto, ensimismado, como el preso que ha oído tras de su puerta el cerrojazo que le pri-



—¡Adiós, Julio, hasta luego! (pág. 34).

va de la libertad. Edít fué a la cocina y presentó en la mesa el primer plato.

—Mira, Edít, no tengo apetito.

—¿Quieres comer un poco de capón asado?

—Como quieras.

La esposa fué a la cocina y volvió a la mesa con una fuente conteniendo un magnífico capón asado, capaz de abrir el apetito al más inapetente. Julio hizo un gesto de desprecio.

—¿Qué es lo que te pasa, Julio?

—Nada, mujer, nada.

—Ciega tendrías que ser para no haber comprendido que tú no me quieres.

—No me inspiras ya lo que sentía al separarme de ti, Edít, al menos tengo la honradez de reconocerlo... sin hipocresías.

—¿Amas a otra mujer?

—No ¡que va!

—Entonces, me queda, al menos, el consuelo de que me has sido fiel...

—No, ni eso.

Edít se echó a llorar a lágrima viva, y fríamente prosiguió Julio:

—Antes creía que el amor era el todo en la vida; ahora ni siquiera estoy seguro de que exista el amor. Reconozco que no soy el mismo; habría sido mejor para ti que no nos hubiésemos separado nunca; pero tú lo quisiste.

—Julio... yo te he permanecido fiel.

—¡Poor para ti!

—Esto es horrible, Julio. Si ya no me amas dímelo de una vez. Si has de ser feliz con otra mujer te dejo en libertad de escoger el camino que a ti te convenga... Nunca me opondré a tu

felicidad; aunque sea con menoscabo de la mía... Yo he visto que esa... señora que ha venido contigo te ha besado descaradamente en mi presencia, sin una protesta de tu parte; eso ha sido una injuria que una esposa honrada no pueda soportar... y yo te advierto que no lo soportaré...

Al oír estas palabras, Julio se levantó y fué a tomar el sombrero.

—¿A dónde vas?—inquirió la esposa.

—Ni yo mismo lo sé; ya volveré... y perdóname que te haga sufrir, Edít, no es mi culpa... ¡Adiós!

Subió Ernestina, llorosa.

—Mamaíta, papá no ha querido besarme.

—Ven a mis brazos, hija mía, papá ya no nos quiere.

La pequeña se recostó en el regazo de su madre.

—Canta, mamaíta, canta.

—¡Ay, hija mía, no tengo ganas de cantar!

—Cántame aquella canción de la caza...

La madre cantó, con voz doliente, la canción americana:

Papá se fué de caza,

¡virolá!

papá se fué de caza,

duerme ya.

¡Quién sabe si vendrá!

Ernestinita se durmió y su madre la metió en cama.

que, seguramente, iremos a saludarla con él uno de estos días.

—Cumpliré su encargo, Edit, y será con gusto que la verá a usted por mi casa.

—Hasta la vista, señor Greenough!

—¡Adiós, hermosa Edit!

—Ernestina—llamó la madre—, corre; ven a despedir al señor Greenough.

Corrió la pequeña y abrazó a Gualterio.

—¡Adiós, monita!

—Saludos a su mamá.

—Será usted servida.

Era ya la una.

—Papá no tardará. Ernestina, acómate a la ventana y avísame cuando le veas.

No habían transcurrido diez minutos, cuando Edit, que se hallaba en la cocina, oyó como la pequeña gritaba, precipitándose escaleras abajo:

—¡Papá, papá!... ¡Mamá!... ¡Papá!

El corazón de la esposa no cabía en su pecho. Corrió al espejo y se alisó el cabello y se pintó labios y ojos, y se empolvó, yendo a la puerta del piso. Su corazón palpitaba con tal fuerza, que parecía que se le quería escapar del pecho. En su rostro se pintaba una inmensa alegría; por fin llegaba el anánclo de su corazón; el hombre por quien ella había hecho tantos y tan grandes sacrificios, su primer y único amor, su Julio... ¡Qué abrazo le preparaba!... ¡Qué de caricias guardaba para él!... ¡Oh, estaba loca de satisfacción!... ¡Su esposo llegaba consagrado por la fama, coronado con el laurel de la victoria!

—¡Dios mío, cuánto tarda!... ¡Me lo voy a comer a besos!

Edit oyó pasos en la escalera; se asomó: era Ernestina que, triste, llorosa, volvía al piso cabizbaja.

—¿Y papá?—preguntó la madre azorada—, ¿No ha llegado?



—¿Cómo está usted? (pág. 32).

—Sí—contestó la pequeña haciendo pucheros—, no me ha querido besar.

—Pero ¿dónde está?

—Ha bajado de un auto con un señor y una señora y están abajo.

—¡Qué extraño es esto!

Edit oyó ruido de varias personas que susurraban y voces y risas destempladas.

Julio apareció ante sus ojos llevando dos

VII

Julio Shertou había regresado de París con dinero, con un nombre; pero con el corazón frío. Sus amigos le convencieron de que un artista de su fama no podía vivir en la humilde y retirada vivienda que ocupaba antes de ser conocido como uno de los grandes artistas, cuyas obras se cotizaban en el mundo del arte a más elevado precio. Por eso, días después de su llegada, trasladó su domicilio y estudio a uno de los barrios más aristocráticos de Nueva York. Las relaciones entre Julio Shertou y su esposa se habían enfriado de tal modo que sólo eran esposos de nombre. El pintor pasaba una parte del día encerrado en su estudio con sus modelos, y el resto del día y de la noche, lo pasaba fuera de casa, en los cabarets aristocráticos y Círculo Artístico. Sus obras se vendían a precios fabulosos y la fama había arreolado al artista con los destellos del prestigio y de la gloria humana. Su mujer y su hija constituían la menor de sus preocupaciones.

Edit no tenía más amiga que la señora viuda de Greenough. Aburrida, desolada, casi desesperada, escribió a ésta:

Señora viuda de Greenough:

Mi distinguida señora y buena amiga:

Sólo dos líneas para comunicarle el cambio de domicilio.

Sin conocer los motivos que le han inducido a ella, mi esposa ha querido trasladar su vivienda a la Plaza de Broadway, núm. 425, donde usted me tiene a su disposición.

Espero que él, al verse en este nuevo barrio, que, según dice, le recuerda París, cambiará y no se sentirá tan descontento y aburrido... ¡Quién sabe!

En cuanto a mí me siento tan sola, tan desgraciada, que no sé lo que va a ser de mí.

Su afmo. servidora y amiga

EDIT DE SHERTOU

La contestación a esta carta fué la inmediata visita del galante y apuesto hijo de la señora Greenough.

—Edit, no le pregunto cómo está, porque he leído la carta que usted ha escrito a mi madre y veo que respira infelicidad por todos los poros. ¡Pobre Edit!

—¿Qué le vamos a hacer, señor Greenough!

—¿Qué estúpido tiene que ser un hombre para despreciar así la felicidad! Usted, Edit, es digna de mejor suerte.

—La suerte, amigo Gualterio, no es de quien la busca, sino de quien la encuentra. Nosotros éramos felices mientras fuimos pobres...

—Claro que el dinero no es la felicidad; pero si los pobres pueden ser dichosos con sus necesidades, suprimidas éstas aún lo fueran más...

—Hoy nosotros tenemos dinero y somos desgraciados.

—Mire, Edit, si yo estuviese en su lugar, me divorciaría de Julio.

— ¡Le amo tanto!

— Pero él es indigno de su cariño, y le ha dado pruebas de amar más a otras mujeres que a la suya propia.

— No, no me hable de divorcio, Gualterio... Yo no sabría amar a otro hombre como he amado a Julio.

— ¡Aunque usted supiera que hay un hombre que suspira por hacerla feliz?

— No me hable de esto, Gualterio... No quiero que mi esposo pudiera pensar que yo le haya faltado nunca.

— No es eso, Edith. Sherton no la ama, le falta y usted tiene derecho a divorciarse de él y casarse con otro hombre. Y yo sé que hay uno que la ama.

— Yo también; pero... no hablemos más.

Gualterio Greenough desbizo un paquetito que llevaba en la mano y preguntó a Edith:

— Edith, ¿quiere usted ayudarme a elegir una de estas pulseras que deseo regalar a mi madre?

Gualterio abrió dos estuches conteniendo dos magníficas pulseras de platino y piedras preciosas.

— ¡Oh! — exclamó Edith, tomando en sus manos la que le parecía más bonita — ¡Son deslumbradoras!

— Póngasela usted para ver qué efecto hace. Edith obedeció.

— ¡Oh!... ¡Qué preciosa!... Oigame, Gualterio, ¿podría usted prestarme esta pulsera hasta que venga mi marido?

— ¿Cómo no?... ¡Como si usted quiere guardársela!

— No, no; sólo hasta que él venga. Tengo

un plan... Tal vez los celos le harán volver en sí.

— Ya comprendo.

Overon toser a Julio.

— Ahora llega mi esposo... ¿Quiere usted hacerme un gran favor, Gualterio?

— Todo lo que usted quiera.

— Mi esposo llega... Finja usted que me besa cuando entre.

— ¡Mire que lo haré gustosísimo!

— Nada, imagínese que está usted representando un papel de un drama romántico... Deprensa, ojúame por la cintura y póngase en actitud de besarme.

El joven obedeció.

— Yo haré como si estuviese cuamerada de usted... ¡Ahora!

Julio abrió la puerta y dirigió una mirada indiferente al grupo formado por su esposa y el que él creyó su amante, y se echó a reír, viéndose tranquilamente a su cuarto, pensando: «Veo que ésta también se aprovecha... ¡Qué diablitos!... Al fin y al cabo hace bien. Ya decía yo que el amor verdadero no existe».

Edith, que esperaba que su marido reaccionara haciendo un escándalo, se quedó fría de horror. Aquel hombre no la amaba. Desbizóse de los brazos de Gualterio, se quitó la pulsera, se la entregó y le ordenó:

— ¡Váyase!

Julio atravesó la sala donde estaba Edith, tarareando una canción de moda, llevando en su diestra el pocillo donde disolvía el jabón para afeitarse y se dirigió al cuarto de baño... Al poco volvió a salir. Edith permanecía en pie,

asemejando la estatua del doct. Julio, con gran imposibilidad, cínicamente, le dijo con gran naturalidad:

—Edit, se ve que hoy nos han dejado sin agua caliente... Me quería afeitar... ¡Bah!... lo haré con agua fría—y se fué a su dormitorio.

La esposa, con los puños crispados y los labios apretados, no contestó ni una palabra.

—Sí, sí—pronunció Edit como tomando una resolución enérgica—. ¡A grandes males, grandes remedios!

Y dicho esto, fué a sus habitaciones, recogió su ropa, se vistió con traje de calle y salió de casa.

VIII

—¿Dónde vas, Argentina?

—Papá, estoy buscando a mamá por toda la casa y no la encuentro.

—Ven conmigo, que la buscaremos los dos.

Todo fué inútil: la esposa había huido sin avisar a su marido; y eso ya empezó a preocupar a Julio.

Se sentó. Su hija lo hizo sobre sus rodillas y acariciándole, le preguntaba:

—Papá, ¿a dónde habrá ido mamá?

—¡Dios lo sabe, hija mía!

El esposo infiel quedó pensativo y comprendió, conociendo, como conocía el corazón de las mujeres, que la escena que había presenciado hacía un momento de su mujer en brazos de otro hombre, había sido preparada para hacerle reaccionar. «No—pensaba—, Edit es incapaz de faltarme... Es una santa... Pero ha huido de casa... Mejor, así estaré más libre... ¿Qué hago yo con la niña?... Si al menos se la llevase con ella...»

Aquella misma noche, Julio recibió esta carta:

Julio: Estoy en casa de la señora viuda de Greenough, una amiga mía. Gualterio, el hijo de esta señora, irá mañana a buscar a mi hija para traerla a mi lado. ¡Dios sabe que he hecho

todo lo posible para hacerte feliz, pero tú no lo has querido!

Adiós.

Entr.



—¿A dónde vas? (pág. 35)

El pintor leyó esta carta y se encogió de hombros. Tenía las fibras de la sensibilidad hipertrofiadas.

Al día siguiente, hacia las doce del día, se

presentó Gualterio Greenough en busca de Ernestina, como su esposa se lo había anunciado.

—Soy...

—Sí, sí, el señor Greenough... La niña se está vistiendo... ¿Usted fuma?—preguntó Julio con un cinismo repugnante.

—No, gracias. Usted sabrá a qué vengo yo aquí...

—Va se lo he dicho, a buscar a mi hija.

Y además para decir a usted que amo a su esposa... y me casaré con ella, si logro que pida el divorcio.

Julio se sentó, encendió un pitillo y con gran apatía contestó:

—Me ha sido usted siempre antipático, Greenough; con todo, si Edith llega a amarle y ha de ser feliz... allá ella.

—Está bien.

—Es tan difícil ser feliz, que, después de todo, no debemos censurar a nadie, antes bien, hay que dejar a cada cual que busque la felicidad como pueda.

—La buscaremos.

Llegó Ernestina alegre como un cascabel, y fue a abrazar a su padre.

—¡Adiós, papá!

—¡Adiós, hija mía, sé feliz y... recuerda a mamá!

—Gracias, papá.

Gualterio Greenough llevó a la niña en su auto a su casa donde debía vivir en compañía de su madre.

IX

Para Julio Sberton empezó una nueva fase de su vida.

Quiso hallar una compensación a su soledad dándose con toda su alma a las diversiones y placeres de los sentidos; pero todas sus orgías no hacían más que cavar la tumba de su paz y tranquilidad de espíritu: nunca había gozado tanto materialmente y jamás había sido tan horrorosamente desgraciado. Sus sufrimientos espirituales llegaron al paroxismo de la infelicidad.

Ninguna de las hembras que le rodeaban tocaba su corazón ni mucho menos su espíritu. De su alma se había apoderado un tedio mortal.

El pintor ya no recibía a nadie en su estudio ni siquiera a sus modelos; ya no se le veía frecuentar los cabarets y music-halls donde solía pasar las noches, trabajaba solo en su estudio en una obra pictórica.

Oscar, el músico bohémio, le fué a visitar. Julio había dado órdenes a sus criadas de que no dejaran entrar a nadie en su estudio. Aunque la advertencia holgaba pues el artista se encerraba por dentro y, cuando salía del estudio, cerraba también con llave que tenía buen cuidado de guardar siempre consigo.

Llegó Oscar y preguntó a una de las domésticas:

—¿No está Julio?

—Espere un momento que le voy a avisar.

—¿Está en su estudio?... Ya voy a sorprenderle... Debe estar con sus modelos.

—No, no; está solo.

—Bueno, es lo mismo... Ya voy yo.

Y, no obstante la oposición de la criada, se dirigió al estudio.

Estaba cerrada la puerta. Oscar la golpeó, gritando:

—Abre, Julio, abre; que soy yo.

Se abrió la puerta, salió el pintor y cerró con llave.

—Chico, tienes el harem en clausura.

—Déjate de bromas...

—¿No puedo ver a tus modelos?... Chico, desde hace algún tiempo te has vuelto muy taciturno... ¿Se puede saber por qué no vienes al «Moulin»?

—Me da asco, Oscar.

—¿Te has vuelto cartujo?

—Déjate de tonterías, y dime qué quieres.

—Hombré, si te estorbo...

—Es que tengo mucho trabajo... Estoy trabajando en un cuadro que será mi obra definitiva.

—¿Y no se puede ver?

—No se puede ver hasta que esté terminado.

Otra cosa. Olga y sus amigas quieren verte... Estamos preparando una bacanal para el sábado y quieren tu cooperación.

—Pues díles de mi parte que, por ahora no pienso complacerlas.

—Pero al menos ¿asistirás?

—Os pido que durante unos días me dejéis

en paz. No estoy de humor... Me hallo enfermo...

—¿Enfermo?... ¿Qué te duele?

—Enfermo del alma... Necesito paz para mi espíritu; tranquilidad para mi alma; reposo para mis nervios... Mi obra me exige todas las horas del día.

—Pero las de la noche...

—También... Necesito reposo.

—Créeme, Julio, tu cabeza no está bien... Te aconsejo que veas un médico... alienista.

Quizás sí, estoy loco por un ideal; por eso me recluyo voluntariamente.

—Ahora sí que creo que no estás bueno...

Bien, ¿qué digo a vuestras tobilleras?

—¡Que se vayan al cuerno!... ¡V tú también!

—Serás servido. Mal será que no se presenten aquí todas nuestras niñas para sacarte de tus casillas y quemarte esa tela que estás cosiendo. ¿Es tu última palabra?

—Es mi última.

—Bueno, bueno; Dios haga que no te tengamos que encerrar en una casa de orates.

—Amén.

—¡Abur, chico, y hasta que te cures!

—Adiós, y no hagas la locura de traerme esas arpas a mi casa porque las echo por el balcón.

—Vaya, Julio, estás grillado... ¡Hasta más ver!

Fuése Oscar, y el pintor volvió a encerrarse en su estudio... ¿Qué asunto absorberá todas sus facultades?

X

Edith y su hijo pasan su vida tranquilas en el magnífico palacio de la viuda Greenough donde tan generosa y espléndidamente han sido acogidas.

Guillermo ama más que nunca a la esposa despreciada sobre todo desde que ha podido apreciar que Edith a su gran belleza une un espíritu poco común, una vasta instrucción y un criterio extraordinario.

El joven enamorado no se percató de hacer a Edith objeto de mil delicadezas y finas galanterías, sin llegar nunca a la vulgaridad.

La madre de Guillermo que tiene por la joven esposa una predilección de madre, veía con honda satisfacción y agrado que ésta solicitase el divorcio y se casase con su hijo.

En varias circunstancias la viuda de Greenough ha lanzado alguna frase para sondear el corazón de su huésped; mas ésta, prudente, ha procurado siempre eludir la conversación. En el fondo de su alma queda aún vivo el recuerdo de su primer amor, ¡Julio!... V en su alma buena, sana, late el fuego sagrado de aquel primer cariño, y en su espíritu surge constante una disculpa para el esposo infiel. Alma noble, hasta echó sobre sí la culpa de la perdición de su esposo... «Si yo no le hubiere aconsejado de ir a París, aún fuera mío».

Por su parte, Gualterio aprovecha todas las coyunturas para hacer comprender a Edit que la ama.

Ambos están en el jardín, sentados frente a frente en dos sillones de mimbre, mientras la



...imagínese que está usted representando el papel de un drama romántico (pág. 41).

pequeña Ernestina corre por el bosque de la misma propiedad y la viuda Greenough duerme la siesta, o hace que duerme, sentada en una mecedora no lejos de donde hablan Gualterio y Edit.

—¿Está ya más tranquila, Edit?

—Gracias a usted y a su buena mañá, estoy muy bien.

—¿Bien del todo?

—¿Cómo no, si ustedes son tan buenos para nosotras?

—¿Ya no piensa usted en él?

—Ay, Gualterio, qué difícil es eso!

—Sin embargo, su vida no merece que usted piense ya en él.

—¡Es tan difícil arrancar las raíces de un primer amor!

—Un clavo se seca con otro.

—En teoría sí; pero en la práctica.

—En la práctica... hasta querer.

—Si esos clavos morales pudiesen sacarse como usted dice, Gualterio; pero no, no; es imposible.

—Es que usted aún le ama.

—¿Para qué negarlo? Le amo!

Aquella confesión fue como un cubo de agua helada que cayera sobre la nuca de Gualterio. Éste bajó la vista, y entre ambos reinó un momento de silencio. Por fin, Gualterio hizo hablar su corazón:

Edit, por respeto a la hospitalidad que le hemos ofrecido, nunca había querido abrirle mi corazón; pero hoy ya no puedo más; no es mi boca que habla, es mi alma que se desborda, es mi corazón que ya no puede retener más sus palpitaciones. Oígame y luego, Edit, me conformo con su fallo.

—Hable, hable.

—Desde el primer momento en que la vi a usted quedé prendado, no sé si de su belleza o de su prudencia; pero no quise comunicarle

nunca mis sentimientos. Llegó su esposo y la despreció a usted; entonces me creí con derecho a abrirle mi corazón y ofrecerle mi apoyo y mi nombre. No tengo para qué ponderarle la pureza de mis sentimientos y la lealtad de mis intenciones. Ahora hable usted.

—Secreto por secreto, franqueza por franqueza: he aquí lo que pienso. Gualterio, mi corazón ha muerto para el amor, pues murió mi amor primero. Creo que no llegaré nunca a amar como amé a Julio; sin embargo, si usted cree que al casarse conmigo ha de ser feliz...

—¡Sí, sí, Edith!

—Pediré el divorcio.

Unas voces de auxilio que salían del bosque interrumpieron el interesante diálogo en el momento más culminante, y la siesta de la viuda Greenough. Los tres personajes se levantaron y se disponían a correr hacia el bosque; pero en aquel momento uno de los jardineros venía hacia el jardín, llevando en brazos a Ernestina desmayada. ¿Qué había pasado?

La hija de Edith, como hemos visto, después de comer, mientras su madre y Gualterio se quedaban en el jardín, había ido a jugar por el bosque persiguiendo las mariposas. Uno de los jardineros se hallaba encaramado en uno de los árboles, que estaba podando. No vio el jardinero que la niña se hallaba debajo del árbol y prosiguió su tarea. De pronto una gran rama que aquél estaba serrando se desgajó y cogió debajo a la niña, que quedó desmayada. Apercibióse el jardinero del percance y empezó a dar gritos de socorro.



*La viuda de Greenough tomó a la niña en sus brazos
(pág. 34).*

La vinda Greenough tomó la niña en sus brazos. Edith, espantada, exclamaba:

—¡Dios mío, qué desgraciada soy!

—Corre, corre, Gualterio, toma al niño y vete a buscar al médico.

X

—Oscar, ¿no has visitado la Sala Mercel?

—No, Olga; ¿qué? ¿Hay alguna novedad?

—Casi nada... Va salió aquello.

—¿Y qué es aquello, Olga?

—El misterioso retratamiento de Julio.

—¡Ah!... ¿Sí?... ¿Y qué es?

—Estupendo, piramidal; lo más grande que ha salido de una paleta de pintor...

—¿Un cuadro?

—Una maravilla, chico, una composición que según dice la prensa ha de pasar a la posteridad.

—¿El ambiente, el asunto?

—Una mujer.

—¿Un desnudo?

—¡Que va!... La obra más espiritual y conmovedora que de muchos años a esta parte se haya pintado.

—¿Está expuesto en casa Mercel?

—Sí... Se titula el cuadro: «El Bien Perdido». Oye lo que dice «La Revista del Arte»:

Julio Sheraton ha expuesto en la sala Mercel un cuadro, una maravilla. «El Bien Perdido» es una obra de la más alta y sublime espiritualidad de la que nos ocuparemos en una próxima crítica con la extensión que merece la obra-cumbre del gran pintor norteamericano. El banquero Jorge Simpson ha ofrecido por dicha tela medio millón de dólares; mas Julio Sheraton no accede a la venta. «El Bien Perdido» es una

obra que pasará a la posteridad inmortalizando a su autor, quien pertenece, desde ayer, a la galería de pintores célebres.

Cuando Oscar terminó la lectura, exclamó:

— ¡Olé, por los pintores célebres!... Oiga, mañana iremos a ver el famoso cuadro.

En los círculos artísticos y en las penas de artistas no se habla más que del ya famoso pintor y de su obra, reveladora del genio. Hasta entonces Julio Shertou había sido uno de tantos, un pintor vulgar; desde hoy, el mundo entero conocerá su nombre; las trompetas doradas de la fama, cuyo eco es la prensa, pregonarán su nombre por doquier, y sus telas se cotizarán por centenares de miles de dólares.

Su última producción no es más que el reflejo de los sentimientos de su alma por el bien perdido, que es su esposa; mejor dicho, no es más que el retrato de una espiritualidad, una mujer amante de su marido que pierde el amor de éste.

En esta tela ha exteriorizado de tal modo el dolor del alma, que uno queda sobrecogido de pena ante ella.

Tanta verdad es esto, que hasta los más insensibles han sentido humedecidos sus ojos ante aquel prodigio de idealidad.

Durante varios días el gran salón de la casa de antigüedades Mercet se vió concurridísimo de visitantes.

Entremos. Difícilmente se puede dar un paso. Allí vamos a todas las modéas del pintor Julio Shertou, quienes pensaban reconocerse

en el famoso y tan alabado cuadro. Todas estaban decepcionadas: no era ninguna de ellas; aquella era una mujer de una espiritualidad incomparable, casi inconcebible.



— ¡Perdóname, Editt! (pág. 61).

En el salón vemos al bohemio músico italiano Oscar y a la descocada Olga; ambos rodan al pintor, quien, con los pies cruzados y arro-

yado negligentemente en una vitrina que contiene ejemplares de numismática, fuma en una descomunal pipa. Su rostro impasible no expresa la alegría que parece debiera producirle el éxito de su obra: está pensativo, y su actitud contrasta con la verbosidad de quienes le rodean.

—Chico, te felicito—le dice Oscar—; es el cuadro más bonito que puede haber inspirado el amor; hay en él una ternura inmensa y, al mismo tiempo, una tristeza tan honda.

—¿Y tú ves todo eso, Oscar?—le pregunta Julio.

—¿Quién no ve que es el bien perdido?

—¡Claro, por el letterito!—exclamó Olga en broma.

—Déjate de guasas, Olga. Siempre dije yo a Julio que tenía talento...

—Vamos, alégrate, Julio—le dijo Olga—; eso hay que celebrarlo con una juergueta.

No, no; esa murió para mí, como murió mi...; ahora sólo me dedico a llorar el bien perdido.

—¿Qué fúnebre estás!—manifestó Olga.

—Debias sentirte el hombre más feliz de la tierra—manifestó Oscar.

—¿De qué me sirve haber pintado eso si no está aquí ella para verlo?... ¡Y pensar que fue preciso que matara mi único amor para hallarme a mí mismo!

Julio Sherton acaba de enterarse por una gaceta de que su hija Ernestina ha sido conducida al sanatorio del doctor Rollys, donde se la debe operar de una posible rotura de una costilla, a causa de un percance desgraciado acaecido en los jardines de la señora viuda de Greenough.

Sin más dilación, se dirige al citado sanatorio donde se enterará de que Edit y Gualterio están visitando a la pequeña. Espera que salgan, pues quiere evitar escenas desagradables. Se esconde, y al poco rato ve salir a su esposa y al... otro. Ella va risueña: señal evidente de que la niña está bien. Cuando los ha visto fuera del cuarto de la enfermita, Julio entra. Ernestina, pálida como las sábanas, con los ojos cerrados, saca sus bracitos de dentro de la cura y pasa sus manecitas por la frente como para quitarse el sudor. El padre, con el rostro entristecido por el dolor, se acerca poco a poco al lecho y se inclina sobre la cabecita de la enfermita; ésta abre los ojos y acaricia la faz de su padre, y pregunta con voz doliente:

—¿Dónde está mi papaito?... ¿Por qué no vive con nosotras?... Dile que yo no quiero que deje sola a mamá, que mamá le quiere mucho... Siempre habla de él... ¿Se ha ido de caza otra vez?...

—¡¡Hija mía!!—clamó Julio con los ojos henchidos de lágrimas.

La pequeña fijó sus ojos en su padre y le dijo con la voz entrecortada por una gran emoción:

—Papá, papá, me voy con los angelitos! ¡Tú debes ir a buscar a mamá que está muy triste!... ¡Trás?... ¡Ah!...

La enfermita se abrazó fuertemente al cuello de su padre, que estaba arrodillado al lado de la cama.

—¡Hija, hija mía!...

Un frío de muerte rodeaba el cuello de Julio. Palpó a su hija; la sangre ya no circulaba por sus venas; no palpitaba. Dió un grito:

—¡Oh!... ¡¡Muerta!!... ¡¡Muerta!!...

Se levantó con el cadáver en los brazos y corrió como un loco gritando:

—¡Muerta!!

XII

Edit y Guisberto habían llevado a casa de éste. La viuda de Greenough sólo al ver sus rostros comprendió que la niña mejoraba.

—¿Cómo estás?—inquirió la viuda.

—Nos ha dicho la enfermera que si no hay complicaciones, está fuera de peligro.

Una criada interrumpió:

—Señora Sherston, telefonéan del sanatorio que desean urgentemente hablar con usted.

Fue Edit al teléfono. Un momento después volvía como tambaleándose donde estaban la viuda Greenough y su hijo. Dejose caer en una butaca... ¡Qué horror, Ernestina había muerto!...

Una hora después Julio se presentaba en casa de la señora de Greenough preguntando por su mujer. La entrevista fue corta.

—Edit, esposa mía, vengo a pedirte perdón—y Julio cayó de hinojos a las plantas de su esposa—. ¡Perdóname, Edit!

—Levántate, Julio... Sin ella yo estaría muy triste sola; no me dejes... Levántate... ven a mis brazos.

—¡Así, así, unidos para siempre!

—Hemos necesitado que nuestra hija se fue-se al Cielo para impetrar nuestra unión... No me dejes ya, Julio mío.

—¡No, Edit, tuyo hasta la muerte!...

FIN

Número 105 - BIBLIOTECA FILMS - 2 febrero

Título de la supremacía

SIEMPRE — y lo tiene demostrado en los 103 números publicados — ha sido

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

pues siempre damos las novelas de las mejores producciones como puede leerse en nuestro catálogo de obras publicadas. En nuestro próximo número engarzaremos en nuestra colección, la novela titulada

El corazón manda

por los artistas de fama mundial:

Viola Dana

Raymond Mac Kee

Tully Marshall

Postal: Alice Joyce

25 céntos.

BIBLIOTECA FILMS

1	No se fin de las aventuras.	Mary Pickford	30c
2	Loana Deane	Charles Chaplin	25c
3	Cuidado con la curva.	Lil Dagover	25c
4	El León de Venecia (2.ª edición)	Magda Ballouy	25c
5	Enseño	A. Renane	25c
6	Shoelach Holmes	Dorothy Phillips	25c
7	Las esposas de los pobres	Barbara La Marr	25c
8	El Signo del Zorro (4.ª edición)	Douglas Fairbanks	25c
9	Luisa Miller	Román Navarro	25c
10	Flor de Fuego (2.ª edición)	Frank Mayo	25c
11	Las dos niñas de París (4.ª ed.)	Mary y Douglas	25c
12	Rescatando la honra (2.ª ed.)	Tom Mix	25c
13	La hija del fuego (2.ª edición)	Perla Blanco	25c
14	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann	25c
15	La Huertanita (4.ª edición)	Dorothy Gish	25c
16	Clarita May	Bessie Love	25c
17	¡Perdida y encontrada! (2.ª ed.)	Antonio Moreno	25c
18	El alma de Ocaso	Cullen Landis	25c
19	El Botones n.º 13	Douglas Mac Lean	25c
20	Mandria, caudillo de leyenda	Ramuald Joubert	25c
21	El velo de la dicha	Claire Windsor	25c
22	Nellie, la bella modelo	Max Morray	25c
23	Como aman los hombres	Barbara La Marr	25c
24	El Ladrón de Bagdad (3.ª edición)	Lya Mara	25c
25	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc	25c
26	Montmartre	Pola Negri	25c
27	El Caballero de la Pesadilla	Ivan Mosjoukine	25c
28	El regreso de Cyclone Smith	Eddie Polo	25c
29	Dorothy Vernon (3.ª edición)	Mary Pickford	25c
30	La Ley de la Hospitalidad	Buster K. (Pamplinas)	25c
31	¡Viva el Rey!	F. Coogan (Chiquitín)	25c
32	Locuras de juventud	Mia May	25c
33	Historia de un dólar	Tom Morris	25c
34	¡Velarás por tu hijo!	Andre Rolane	25c
35	El botín de los piratas (2.ª ed.)	Perla Blanco	25c
36	Amor que vence al amor	Betty Compson	25c
37	Los tres mosqueteros (2.ª edición)	Douglas Fairbanks	25c
38	Tony	Shirley Mason	25c
39	El Camino del amor	Rodolfo Valentino	25c
40	Vida de los artistas de cine	Wallace Reid	25c
41	Oriente	Yacubini	25c

53	El talote de las perlas	Jean Tolley	250
54	El pes dorado	Constance Talmadge	250
55	La gitana blanca	Raguel Miller	250
56	La ingenua	Hella Meja	250
57	El Nueva York de antaño	Marion Davies	250
58	La venganza de Crimilda	Mary Mac Laren	250
59	Los hijos de los hombres pobres	Mary Alden	250
60	El casamiento de media noche	Katherine Mac Donald	250
61	El caballero valiente	Dorothy Mackaill	250
62	La Mujer Inmortal	George Walsh	250
63	Médica	Francis D'Ellis	250
64	La modistilla	Pat O. Malley	250
65	La novia del legionario	Marguerite Rosky	250
66	Con el amor no se juega	Lyziene Bernhardt	250
67	El Rey sin reino	Renee Harshel	250
68	Grandeza de Hamildes	Marie Prevost	250
69	Mádre Adorada	Rachel Deviry	250
70	El Santuario del amor perdido	Shirley Chaplin	250
71	El Chico	Lya de Putti	250
72	La Linda Rubia	Elena Makouska	250
73	La llama del genio	Hose Hampton	250
74	Judea	Rene Navarre	250
75	Nueva Misión de Judex	Georges Biscot	250
76	El mimado de la abuela	(El)	250
77	Yo pecador	Lewis Stone	250
78	Bajo la máscara	(Cayena)	250
79	La rosa de París	Baby Peggy	250
80	Por el recuerdo de un beso	Betty Blythe	250
81	Tosca	Francesca Bertini	250
82	El rey de los corsarios	Elena d'Alban	250
83	La culpable	Régine Bouet	250
84	En alas de la gloria	Bébé Daniels	250
85	El navegante	Anita Stewart	250
86	Avarecia	Beverly Bayne	250
87	Los ángeles del hogar	Monte Blue	250
88	La dama de la noche	Norma Shearer	250
89	El árbitro de la elegancia	Virginia Valli	250
90	¡Que siga la danza!	George O'Brien	250
91	Barrera infranqueable	Gladys Walton	250
92	Segunda juventud	Conrad Nagel	250
93	Los peligros del flirt	Natalie Kevanto	250
94	Dick Turpin	Tullio Carminal	250
95	Se hora	Fack Duff	250

BIBLIOTECA FILMS

«Título de la supremacía»

SELECCION

50 céntimos

ROSITA
LA VOZ DE LA MUJER
LA ROSA DE FLANDES 1.^a edición
¿DÓNDE ESTAS HIJO MÍO?
LA BRECHA DEL INFIERNO
LOS NIBELUNGOS 2.^a edición
KOENIGSMARK 2.^a
EN LAS RUINAS DE REIMS 2.^a edición
LA MUJER QUE SUPO RESISTIR
LOS DOS PILLETES 4.^a edición
COMO DON JUAN DE SERRALLONGA
CONCIENCIA CONTRA LEY
EL LOBO DE PARÍS :: EL ABUELO
EL BIEN PERDIDO

FILMS DE AMOR

«El ideal de los aficionados»

50 céntimos

EL TEMPLO DE VENUS :: LA TIERRA
PROMETIDA :: SACRIFICIO :: EN LAS
GARRAS DE LA DUDA :: RUPERTO DE
HENTZAU :: EL TREN DE LA MUERTE
LA ESPOSA COMPRADA :: EL JURAMENTO
DE LAGARDÈRE

Solicitamos corresponsales: BIBLIOTECA FILMS

Calebría, núm. 96, despachos 1 y 4 - Barcelona